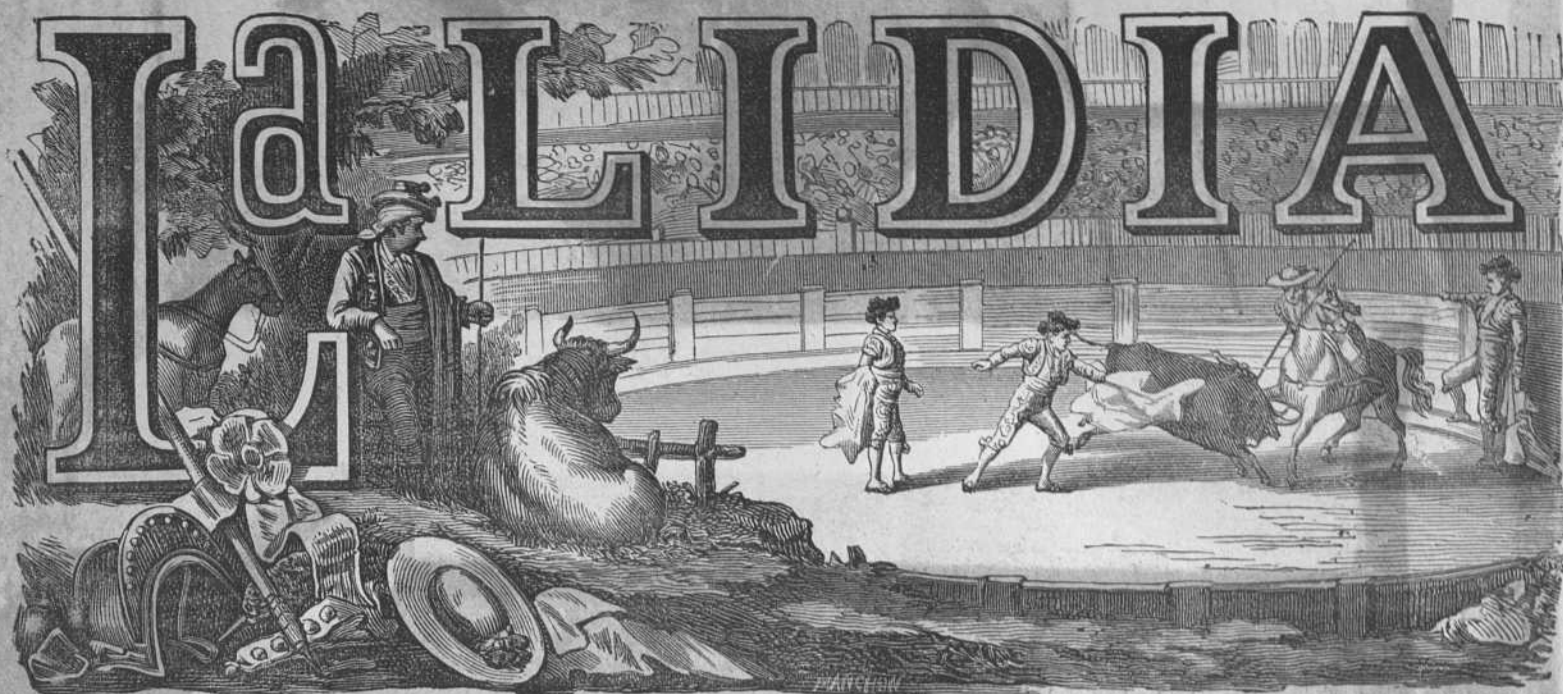


NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CENTS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CENTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.
Madrid: trimestre..... Pesetas. 2,50
No se admiten suscripciones para Provincias.

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.
Paquete de 25 números ordinarios, pe-
setas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Advertencia importante.—Don Antonio Pérez, Don Juan de Herrera y Don Gregorio López, por El Doctor Thebussem.—Los trajes de antaño, por Laureano Montero.—Galería de aficionados pretritos, por J. Sánchez de Neira.—Revista de toros (corrida extraordinaria á beneficio del Hospital provincial), por Don Jerónimo.

Advertencia importante.

Se ha terminado ya la reimpresión del núm. 2 de nuestra Revista, y continuamos los trabajos necesarios para hacer la segunda edición del núm. 1.º; los que, á decir verdad, han de ser muy lentos, porque nuestras máquinas litográficas apenas tienen momento de descanso, si han de dar cumplimiento á la tirada, cada vez más creciente, de números ordinarios.

Los señores coleccionistas pueden estar seguros de que en su día obtendrán los números que, por haberse agotado, dejaron de adquirir.

DON ANTONIO PÉREZ,
DON JUAN DE HERRERA Y DON GREGORIO LÓPEZ.

Al Sr. D. Antonio Peña y Goñi, etc., etc.,
en Madrid.

MI QUERIDO SEÑOR Y RESPETABLE MAESTRO: Por tres veces he leído de cabo á rabo el lujoso número de LA LIDIA, correspondiente al 13 Abril 1884, y luego he contemplado á mi sabor la bella estampa de los Sres. Perea y Giménez, que respira una verdad, una expresión y un color local, superiores á todo elogio. El lisonjero escrito con que Luis Carmena me favorece, es tan curioso é interesante como cuanto sale de la pluma del experto bibliógrafo de la tauromaquia; los Pepe-Hillos de Neira, encantan por su claridad y por lo enérgico del lenguaje, y no le va en zaga, por idénticas condiciones, la crítica agrídulce que hace V. de *Los toreros de antaño y los de hoy*.

Intencionadamente sujeto la voluntad y la pluma para que no sospeche V. siquiera que deseo pagar con palabras de buena crianza la inolvidable é inapreciable merced que recibo al verme honrado con la inserción de la *Talanquera* en lugar preferente de LA LIDIA. Mucho me valen la cortesía del periódico unida al amistoso patrocinio de Carmena... y vamos

andando. Yo debiera seguir el buen consejo del cura de Fruime, ó sea contestar á tamaños favores con las dos palabras de—*muchisimas gracias*,—pero cate V. que, en vez de tomar este magnífico ejemplo, voy á incurrir en la sandez del niño del cuento.

Dicen que un caballero agasajó con dulces á un chiquillo, y que éste lleno de gozo, los recogió con la mano derecha. La madre, deseosa de mostrar la buena crianza del hijo, exclamó:—Pepito, ¿qué se dice cuando hacen un regalo?—El chico, muy serio, alargó la mano izquierda hacia el caballero contestando: *más*.

Pues yo alargo también la mano y pido *más*, al pretender que se digne V. escuchar la siguiente consulta.

Los tres nombres que sirven de epígrafe á esta carta, parecen de aquellos que no deben despertar recuerdo alguno en la generalidad de los lectores. Muchas personas los pondrán en el número de esos sujetos indeterminados que ocupan en los formularios de cartas, memoriales ó testamentos, el hueco que en justicia corresponde á fulano, zutano y mengano. Si leen en los periódicos sus esquelas de defunción, se encogerán de hombros; y si alguna gaceta señala el aniversario de Don Antonio Pérez, Don Juan de Herrera ó Don Gregorio López, quizá en vez de un paternoster consagren una sonrisa á la memoria de tan vulgares individuos, pensando que serán conocidos solamente en sus casas y por sus familias.

Y esta lógica equivocación pende, á mi juicio, de que tales caballeros se han presentado con una especie de disfraz que engaña los ojos y los oídos.

El disfraz ha sido el Don; quiero decir, el—*título honorífico y de dignidad que se daba antiguamente á muy pocos, aun de la primera nobleza, que se hizo después distintivo de todos los nobles, y que ya no se niega á ninguna persona decente.*—

Restando el Don á mis personajes, nos hallamos nada menos que con el hábil político Antonio Pérez, el gran arquitecto Juan de Herrera, y el ilustre jurisperito Gregorio López.

Esto quiere decir, si no lo dice, que la historia y el uso tienen señalado el tratamiento de cada celebridad, llamando por ejemplo, de Don, á Don Alvaro de Luna, Don Pedro de Castilla y Don Francisco de Quevedo, y por sus nombres mundos y lirondos, á Carlos V, Hernán Cortés y Garcilaso de la Vega.

Aquí pudieran citarse las diversas órdenes y costumbres tocantes al Don, y demostrar que dejaron de llevarlo personas de alta jerarquía, al mismo tiempo que lo usaron sujetos de humilde clase y baja laya. Ahora nos mueven á risa el espanto de Quevedo por haber visto á sastres y albañiles con Don; las pragmáticas de Felipe III y Felipe IV sobre las personas que tenían derecho al tratamiento, y los precios de 200, 400 ó 600 reales en que se vendía, según fuese por una vida, por dos, ó perpetuo. Pero nada de esto viene directamente á cuento con mi tema, reducido á decir, en seco y sin

ambajes, que me diésena y repugna el DON unido al nombre de los maestros de tauromaquia, cuando se presentan al público bajo dicho concepto.

Hoy el uso del Don es general, porque llevándolo impreso las cédulas personales parece que la ley se lo concede á todo el mundo, aun cuando luego otra ley se lo escatime y cercene á los pobres soldados. Los toreros, pues, tienen DON al igual de cualquier ciudadano. Creo que deben ponerlo en sus actos y contratos particulares, y omitirlo en cuantos se relacionen con los asuntos públicos en que unen á sus nombres la profesión del toreo.

Fundado en esta opinión, he leído con doble pena en el *Diario de Cádiz* el siguiente aviso:

†

R. I. P. A.

Hoy martes 8 de Abril de 1884,
á las dos de la tarde, será conducido al cemente-
rio católico de esta ciudad el cadáver del antiguo
banderillero,

DON ANTONIO BULO
(a) MALAGUEÑO.

Su viuda, hija, hermano político, sobrinos,
sobrinos políticos, tio, primos, primos políticos,
director espiritual, demás parientes y amigos,

*Ruegan á las personas de sus relaciones
y amistad, se sirvan encomendar su alma
á Dios Ntro. Señor y asistir á tan reli-
gioso acto; favores que agradecerán.*

Vivia, calle Cardoso, núm. 45.

Y he dicho con *doble pena*, pues se une la que causa la muerte del diestro con la que produce lo impropio del tratamiento. Bien es verdad que, como siempre hay motivo para dar gracias á Dios, pudieron escribir *Señor Don* siguiendo la ridícula y general costumbre de dar *Señoría* en las esquelas de entierro, así como en los sobrescritos, á todo bicho *muriente* y *viviente*. El Gobierno, imprimiendo las palabras *Señor Don* en las tarjetas postales, contribuye á fomentar esta buena ó mala costumbre. Debo agregar que el mismo periódico gaditano desvirtúa el mal efecto del anuncio mortuario al estampar en la columna inmediata una gacetilla que dice así:

Defuncion.—Ayer ha dejado de existir el simpático y afamado diestro taurino Antonio Bulo, el *Malagueño*. Dios le haya acogido en su seno.

En nuestros días van desmoronándose y desapareciendo muchas de las costumbres y tradiciones que caracterizaban al pueblo español. Casi no le

queda ya más que su afición á toros, y por esta causa á los lidiadores y á la prensa taurina les corresponde influir para que no se borren del todo ciertas viejas reminiscencias y ciertos usos de antaño ligados con la tauromaquia. Si el peligroso y difícil arte del toreo se diferencia de todos los otros, sus prohombres tienen que distinguirse en el vestido, en el tecnicismo y en cuanto les atañe y rodea. Dejen que los sastres repulsen el clásico apelativo de *maestro* y llamen á sus tiendas con el hueco y pomposo nombre de *establecimientos de sastrería*; que los maestros de obra prima intitulen á las suyas *fábricas de calzado*; que las boticas se conviertan en *oficinas de farmacia*, y que los *profesores de instrucción primaria ó doctos en pedagogía* rechacen el dictado de maestros de escuela, al mismo tiempo que se envanescen, y con razón, de ejercer ese noble *MAGISTERIO*. Dejen, repito, estos malos ejemplos, y aplaudan el de los *maestros de capilla*, *maestros de ceremonia*, *maestros de postas* y *maestros de cocina*, que, no echando en saco roto el—*vos vocatis me Magister... et bene dicitis*—del evangelio, se vanaglorian con el hermoso título de *MAESTROS*.

La vanidad humana se alimenta y sostiene con menos alpiste que un canario. Recibe como honrosa presea cualquier excepción del uso ó ley general. Con permitir á tal iglesia sonar sus campanas en Viernes Santo ó vestir de morado en día de Corpus, y á tales personas usar corbata negra donde la generalidad la lleva blanca, ya se encuentran el templo y los sujetos contentos, privilegiados y envanecidos.

Ocurrió (y vaya de anécdota) que al inaugurar su reinado el egregio Don Alfonso XII, modelo de príncipes y espejo de caballeros, estableció la costumbre de dar tratamiento de *usted* á sus vasallos y la de *excnar* que éstos le besaran la mano. Parece que semejante prueba de cortesía no hubo de agradar á algunos magnates, y suplicaron á S. M., como una gracia especial para ellos, la continuación del *ósculo* y del *tu*. Este hecho demuestra y confirma lo que antes dejo indicado respecto á esas pequeñas exenciones que á nadie ofenden ni perjudican, porque si bien se miran, mejor que privilegios son la renuncia de derechos. Equivalen á tener una cruz y no ponérsela, ó á viajar en coche de tercera pagando billete de primera clase.

Si yo, Sr. D. Antonio, gozase de influencia y poder bastante para ello, aconsejaría á los toreros que rechazasen el DON, como lo rechazó el Gobernador Sancho Panza, y que favoreciesen el apodo encargando á los albaceas el cumplimiento de su deseo en las papeletas de entierro, necrologías y lápidas sepulcrales. El *alias* viene á ser á modo de título ó dignidad conferida por el pueblo, cuya cédula no puede pleitearse y cuya admisión es forzosa. Si el apodo es malsonante, quedará al cuidado del tiempo y del uso levantarle y ennoblecerlo como ha levantado y ennoblecido los títulos de *Cabra* ó de *Gandul*, ó los linajes de *Abarca*, *Malo*, *Porcellos*, *Verdugo*, *Ladrón* y otros que pudieran citarse, sin llegar hasta el *Coprónimo* bizantino, que no es lícito traducir á nuestra lengua. El sobrenombre de *Bueno* dado por el Rey Don Sancho al heroico defensor de Tarifa, y trasmitido á sus descendientes, no es más que un honroso alias, superior quizá á cualquier otro galardón que le hubiese concedido, por hallarse éste—al abrigo de los caprichos y vicisitudes de la fortuna.—

Las iglesias, imágenes sagradas, palacios, edificios, calles, plazas, pueblos y su vecindario, epidemias y dolencias, partidos políticos, cuerpos de milicia, estatuas, muebles, cuadros, naipes, monedas, producciones literarias, etc., etc., no se han escapado del mote vulgar. Claro es, por consiguiente, que el poderío ignorante ó sabio de la muchedumbre no respeta el cetro ni la santidad, y menos á los hombres de armas y letras ó de ciencias y artes. En vida ó en muerte agrega con admirable laconismo un apodo que le recuerde las virtudes, defectos, méritos ó circunstancias del personaje. Por eso ha llamado á los reyes *gordo*, *bisco*, *monje*, *doliente*, *cruel*, *gotoso*, *hechizado*, *bastardo*, *justiciero*, *casto*, *hermoso*, *sabio*, *emplazado*, *prudente*, *católico*, etc.; á ciertos palaciegos de época nefasta, *mulo*, *cojo* y *perdiz*, y ha titulado á Santo Tomás, *angélico*; á San Buenaventura, *seráfico*; á Rodrigo de Vivar, *cid*; á Hernando del Pulgar, *hazañas*; á Gonzalo de Córdoba, *gran capitán*; á Sancho Dávila, *rayo de la guerra*; á Juan Martín, *empedrado*; á Raymundo Lulio, *iluminado*; á Beatriz Galindo, *latina*; á Francisco Sánchez, *brocense*; á Juan Latino, *negro*; á Miguel de Cervantes, *manco de Lepanto*, á José Ribera, *españolito*; á Fernando de Herrera, *divino*; á Lope de Vega, *fenix de los ingenios*, etc., etc., y esto sin contar los que nos dan hechos los códigos del bautismo, de que atestiguan las *Conchas*, *Tulas*, *Lo-*

las, *Pepes*, *Chanos*, *Curros*, *Panchos*, *Quicos*, *Pacos*, etcétera.

Es imposible, ni aun haciéndolo de un modo superficial y ligero, hablar en esta carta de la amplia y vasta materia del origen de los apellidos, tan ligada con la de los motes, impostores, príncipes falsos, personajes misteriosos, anónimos y seudónimos. En términos generales puede asegurarse que las gentes han dado siempre gran importancia al nombre. Palpable antítesis forman el monje que por humildad cristiana olvida y hace olvidar á las gentes el apellido de su linaje, trocándolo con el *pueblo* ó con el *santo*, y el magnate que acumula nombres de familia realzándolos con el dictado de un *santo* ó de un *pueblo*, si no lleva su fantasía hasta tomar como sobrenombre las ideas abstractas de la *Paz* ó de la *Victoria*.

Los poderes públicos, conociendo y aprovechándose de semejante inclinación, han ampliado el apelativo por medio del título nobiliario extensivo á los herederos; y el vulgo usando, según indiqué, con más ó menos soberanía de semejante facultad, premia ó castiga con un mote, á veces claro como el agua, y á veces turbio como la filosofía alemana. Y el que no cuenta ni con el favor del Jefe del Estado, ni con el de la plebe, ni logra meter la cabeza entre los *Arcades* de la ciudad eterna, se toma la justicia por su mano, y burlando las leyes y despachándose á su gusto, cambia, altera, anula, adiciona, traduce, duplica ó varía las palabras que forman su personalidad. Esto ha pasado en lo antiguo, si no miente la historia, esto pasa hoy y esto pasará siempre. Por eso el público no llega á satisfacer la curiosidad de saber quién fué el padre de tal libro anónimo, ni á descubrir al hombre que se oculta bajo la máscara de *Alonso Fernández de Avellaneda*, ni á fijar quién era el bachiller *Francisco de la Torre*, mientras que conoce al que se nombraba *Tirso de Molina* y á los que corto tiempo há se firmaron *Figaro*, *el Estudiante* y *el Solitario*.

Esta será la causa de que en la obra peregrina donde mejor se retrata la parte invariable de la condición humana, veamos á Aldonza Lorenzo, convertida en *Dulcinea*; á Cardenio, en *Roto de la mala figura*; á Ginés de Pasamonte, en *Ginesillo de Parapilla* y en *Maese Pedro*; á D. Diego de Miranda, en *Caballero del Verde gabán*; á Anselmo y Lotario, en *Los dos amigos*; á Juan Palomeque, en *Zurdo*; á Carcajona, en *Príncipe de Vizcaya*; á Micocolemo, en *Duque de Quirócia*; á Papín, en *Señor de Utrique*; á Alonso Quijano el Bueno, transformado en *Don Quijote de la Mancha*, después en *Caballero de la triste figura*, luego en *Caballero de los leones*, y con proyecto de llegar á *Pastor Quijotiz*, así como el escudero á *Pastor Pancino*; á la hija de éste, criada para *Condesa*... Y por último, el mismo *príncipe de los ingenios* (que al fin era hombre), no satisfecho con llamarse MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA... se viste con el ropaje moruno de *Cide Hamete Benengeli*.

Terminaré diciendo que si á tan antiguos y preclaros ejemplos se agregan los que dan los valientes *Longa*, *el Pastor*, *Don Julián* y *el Marquesillo*, y los que suministran los famosos diestros Manuel Bellón, *el Africano*; Martín Barcaiztegui, *Martincho*; Joaquín Rodríguez, *Costillares*; José Delgado, *Hillo*; Antonio Ruiz, *el Sombrerero*; Juan Leon, *Leoncillo*; Francisco Montes, *Paquiro*; Francisco Arjona Guillén, *Cúchares*; José Redondo, *el Chiclanero*, etc., verán nuestros actuales y renombrados lidiadores Antonio Sánchez, *el Tuto*; Antonio Carmona, *el Gordito*; Rafael Molina, *Lagar-tijo*; Salvador Sánchez, *Frascuelo*, etc., que entre los grandes lauros que los caracterizan, enaltecen y distinguen, se cuentan el repudio del DON y el prohijamiento de ese APODO con que el pueblo, en sus altos juicios, los sublima, condecora y engrandece. Consideren que el alias taurino no es más que terso y limpio cristal que deja ver casi siempre los apodos tácitos de *valientes*, *temerarios*, *liberales*, *generosos* y *esplendidos*, amados y aplaudidos por esa muchedumbre formada de chicos y grandes, de nobles y pecheros, de hombres y mujeres. Creo, pues, que deben soldar el *alias* á sus legítimos nombres, con el mismo tesón que se juntan el Pérez con el *Guzmán*, el Fernández con el *Córdoba*, el Álvarez con el *Toledo* y el Ponce con el *Leon*.

Tal es la consulta con que importuna y molesta al Maestro Peña y Goñi, su más obligado y rendido servidor, q. l. b. l. m.,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra (Medina Sidonia);
y Mayo á 2 de 1884 años.

LOS TRAJES DE ANTAÑO. (1)

Sr. Director de «La Lidia.»

MUY SEÑOR MÍO Y DE MI ESTIMACIÓN: Sin otro título que invocar para la inserción de estas líneas en su ilustrada publicación, que el propósito manifestado de que sea «vasto palenque abierto á todos los aficionados,» me decidí á dirigir á V. ésta, con el deseo de echar, como vulgarmente se dice, mi cuarto á espadas, tanto más, cuanto que «LA LIDIA» es un arsenal donde aquellos hallan toda clase de noticias antiguas y modernas que se relacionan con el arte de Montes y Pepe-Hillo.

Yo que observo que de todo se habla, y que algo de provecho saca en último término el aficionado, valga por lo que valiere, con periódicos á la vista pertenecientes al pasado siglo XVIII, me voy á permitir referir á V. hoy los trajes y otros pormenores de los lidiadores de la corrida celebrada en Madrid el lunes 2 de Julio de 1787, séptima fiesta en que se corrieron seis toros de la vacada de D. Miguel Gijón, con divisa encarnada; seis de la de D. Alvaro Muñoz y Teruel, vecino de Ciudad-Real (que fué antes del Sr. Marqués de Malpica), con verde, y seis de la de D.ª María Rodríguez, viuda de D. Agustín González, de Colmenar Viejo, con azul.

De estos toros, diez y seis, llamados de vara, mataron Joaquín Rodríguez *Costillares* y José Delgado *Hillo*, y los otros dos los estoquearon Francisco Garcés y Francisco Herrera (a) *El Curro*, habiéndose empezado la corrida, por la mañana á las diez y por la tarde á las cuatro y media, siendo los picadores, á los seis toros de la mañana, Francisco Baca y Juan Molina Chamorro, y para los cinco primeros toros de la tarde, Manuel Giménez y Laureano de Ortega, continuando á los otros cinco, Diego Molina Chamorro y Alberto Cordero.

El orden del espectáculo fué, en primer lugar, el paseo por la Plaza, saliendo las cuadrillas de á pié por el orden siguiente: entraron éstas (que antes se llamaban comparsas) por la puerta del arrastrero, dirigiéndose al balcón de la Villa, yendo delante dos de los que alcanzaban las banderillas, llevando en medio al que abría el toril. Después *las dos primeras espadas* (hoy han pasado á ser masculino) con sus respectivas cuadrillas formadas en dos alas, luego los cinco picadores del día, montados los cuatro en parejas, y el quinto en medio, siguiendo ocho mozos de á pié, con caballos cada uno del diestro bien enjaezados, y cerrando el acompañamiento las tres mulas del arrastrero.

Los vestidos y adornos estrenados aquel día, fueron los siguientes:

Cuadrilla de la derecha, á cargo de Costillares.

Tela de gusanillo verde celedón. *Costillares* llevaba el vestido guarnecido de galón de plata brillante, ancho, con hojuela de plata por las costuras y rapacejo de plata por los cantos. Las dos medias espadas que le siguen, y eran Francisco Garcés y José Jiménez, llevaban vestidos del mismo color guarnecidos de galón más angosto, sin fleco, ni hojuela. Los banderilleros de esta cuadrilla, que eran Juan José y el *Mancheguillo*, llevaban vestidos de igual color, sin galón, pero con ojal y botón de plata.

Cuadrilla de la izquierda, á cargo de Pepe-Hillo.

Tela de gusanillo tornasolado, batido, dorado y color de botella, llevando Delgado igual guarnición que su compañero *Costillares*, correspondiendo en guarniciones y adornos, los vestidos de las dos medias espadas de esta cuadrilla, que fueron Francisco Herrera (*el Curro*) y Francisco de Paula (*el Maligno*) á los de la otra y también los de los banderilleros que fueron, Alfonso Alarcón (*el Pocho*) y Manuel Nona.

Las capas de la primera cuadrilla eran encarnadas, y las de la segunda azules, llevando galón de plata en los cuellos las de las dos espadas.

Los cinco picadores, que eran, según su orden, Manuel Giménez—Diego Molina—Laureano Ortega—Alberto Cordero—y Carmona, llevaban las *cascaquillas* de la misma tela y color que la cuadrilla de Delgado, y las *chupas*, de la misma tela y color que la de *Costillares*, con guarniciones respectivas, y correspondientes á las de dichas dos primeras espadas, siendo las cintas de todos de color de leche y plata.

Los que alargaban banderillas iban con vestidos blancos de lienzo, guarnecidos de azul, y el que abría la puerta del toril lo llevaba guarnecido de encarnado.

Las mantas de las tres mulas eran, dos de ellas, encarnadas con pañoleta azul, y otra azul con pañoleta encarnada, guarnecidas todas con galón de plata ancho y angosto.

Y aquí acabo las noticias de que le hablaba en un principio; juzguen ahora los aficionados acerca de la calidad, clase y forma de los trajes antiguos, y vean cuánto hemos progresado en lujo, pero no en suficiencia, que eso acabó con los toreros que cobraban 3.000 reales por corrida y recibían toros.

Respecto á abusos de Empresas, siempre los ha habido, apreciable Sr. Director, pues aun en el siglo pasado se mezclaba en corridas de toros luchas de éstos con osas, y eso en la capital de España, que ha marchado á la cabeza de la afición para dar funciones de toros, desprovistas de los estímulos que las convierten en corridas de novillos.

Me ofrezco de V. con la mayor consideración atento seguro servidor q. b. s. m.

LAUREANO MONTERO.

Madrid Mayo 1884.

(1) Cumpliendo nuestra promesa de convertir «LA LIDIA» en hojudo arsenal de noticias y datos referentes al toreo, damos cabida al artículo del Sr. Montero, que nos ha parecido bastante curioso, y excitamos el celo de los aficionados, para que nos remitan trabajos de igual ó parecida índole, que con el mayor gusto publicaremos.—N. DE LA D.

GALERÍA DE AFICIONADOS PRETERITOS.

(APUNTES.)

Los cucharistas.—Los chiclaneristas.—Los ecléticos.

I.

El nieto de pila del gran *Costillares* (y si así no se llama ese parentesco, siquiera sea espiritual, venga por Dios un alma caritativa que me diga cómo he de nombrar al *hijo de la ahijada* de aquel maestro), el nieto, digo, del inventor del volapié, tuvo la ocurrencia de indicar en un precioso artículo titulado *A los taurófilos*, que publicó LA LIDIA en el núm. 4 de este año, lo conveniente, y aun no sé si dijo útil y necesario, que sería escribir la historia de los taurófilos de redondel para fuera, ya que se escribe la de las ganaderías y lidiadores. Soltó la piedra, y sin esconder la mano, antes bien con osada y no verídica afirmación, dijo que á él le faltaban plumas para volar tan alto; pero dejó roto el hielo, y ya le fué fácil á Carmena decir en el núm. 6 del mismo periódico *el deber*, nada menos que el deber, que yo tengo de escribir como complemento á mi último libro *Los toreros de antaño y los de ogaño*, otro trabajo,—que no sé si tiene alcance, en gracia de Dios,—que titulase *Los aficionados de antaño y los de ogaño*. Apoyó verbalmente esta idea Peña y Goñi, que es hombre que se lleva de calle á quien una vez habla con él, y... como soy frígil, me resigné á cumplir su encargo, pero con reservas mentales. Díjeles que el maestro en el divino arte de Euterpe, el distinguido D. Francisco Asenjo Barbieri, no ha de merecer, ni merece menos para mí, que el maestro en tauromaquia Joaquín Rodríguez; pues si éste ha dejado celebridad en el mundo con sus volapiés, ya la tiene, y no dejará menos el que aún vive por fortuna, alegrando el corazón con sus populares notas. Ya que entre los tres me han dado un cambio, que ni los de Juan León, no tengo más remedio que sufrir las consecuencias de mi debilidad de carácter; y á fin de que *Sentimientos ó Sobaquillo* aprovechen, si les parece, y porque para ello tienen fuerzas y títulos sobradísimos, los siguientes datos para escribir una «Galería de aficionados al toreo», allá van cuatro anécdotas verdaderas de los que en Madrid lo eran á mediados del presente siglo. A pesar de mi deseo de ser lacónico en este artículo, me temo sea tan largo como procesión de Semana Santa, y eso que no hablaré de muchos contemporáneos míos; de quienes pudiera decir no poco, porque temo que entonces... darle cuerda, dijeran mis lectores, y gracias que, si al paso no me encontraban, no me la echasen al cuello para acabar de una vez.

Dividiré el trabajo, para sintetizarle más, hablando en primer lugar de

LOS CUCHARISTAS.

Al referirme á los partidarios de tan célebre diestro, tengo que incluir, en primer lugar, al pontífice de la secta, al entusiasta de corazón, al desinteresado y honradísimo apoderado de Francisco Arjona Herrera durante muchos años, el conocido comerciante de paños y ropas hechas, D. Antolín López. Era éste natural de Jadraque; vino á Madrid á los pocos años de edad, y por su activa laboriosidad llegó á formar una decente fortuna, que le permitió retirarse de toda clase de negocios algún tiempo antes de ocurrir su fallecimiento, meses antes que el de su ahijado y protegido.

De carácter firme y resuelto, era lo mismo en política que en tauromaquia, intransigente hasta el extremo, afiliándose cuando fué miliciano nacional al partido exaltado, que más adelante se llamó progresista; y desde que *Cúchares* vino á la Corte, al de este discípulo de Juan León, á quien D. Antolín quería mucho, desde la primera época constitucional. Nadie ha hecho más esfuerzos para crear reputación y nombradía á su diestro que López: nadie ha gastado su dinero con tanto desprendimiento como él, cuando consideraba que podía servir para enaltecer á su protegido: nadie ha sacrificado su reposo y tranquilidad, ni se ha perjudicado en sus intereses, por la mejor de las causas, como D. Antolín, por elevar á *Cúchares*. En su modesta tienda de la calle de Toledo, núm. 13, que se llamaba del Rosario, reuníanse constantemente buen número de aficionados, no todos cucharistas, á oír los elogios de su ahijado, á hablar de toros y á criticar á empresarios y ganaderos, como siempre ha sido, es y será uso y costumbre.

Allí estuvimos varios amigos esperando por las noches el ganado que se lidió en la Plaza Mayor de Madrid en los días 16 y siguientes del mes de Octu-

bre de 1846, y D. Antolín, que todo el día nos había acompañado, ya en su casa, ya en la Plaza, ya camino del Matadero, donde se encerraban los toros, no se acostó ni descansó en tres ó cuatro días por complacerse y llevado de su afición á la fiesta nacional: allí se fraguó aquella conspiración contra los toros del Duque de Veragua por algunos picadores, que dió lugar á que un distinguido poeta y aficionado, que aún vive, estampase en el único periódico taurino que entonces se publicaba, aquellos versos de—«Los toritos—de Veragua—como el agua—blandos son—y lo digo—pues de Trigo—los espanta—el regatón.»

Allí se inició el pensamiento, llevado después á los Círculos de la Iberia y de los Dos Amigos, de dar un banquete á Montes cuando, por última vez, vino á Madrid: allí se trató y habló mucho de la fundación de la inolvidable plaza del Jardínillo, de cuya Sociedad fué uno de los siete únicos individuos que anticiparon no escasos fondos para su construcción y compra de ganados, útiles, etc., y allí, por fin, nos reunimos varios taurófilos para subir al ómnibus que, en los días de corrida, había de llevarnos á la Castellana, al olivar de Perales ó á la Muñozza, á almorzar para volver á ver en el redondel las habilidades de *Cúchares* y el *Chiclanero*.

Perjudicando sus intereses como industrial, Don Antolín tenía siempre, como he dicho antes, tertulia de aficionados en su casa, en la cual admitía con igual agrado á D. Pedro Colón, Duque de Veragua, como al tío Elías Gómez, de Colmenar, á D. Matías Angulo, como á Paco Cañete, y á D. Ramón Torres y D. Julián Javier, empresarios un tiempo de la Plaza, como el célebre mozo de la caballeriza, conocido por *El Tuerto*, que murió muy viejo sin saber nadie su nombre.

López era bueno, generoso, y reunía las bellísimas prendas morales que llevo citadas; admitía en su casa, en su tertulia y en su mesa, á distintos aficionados que no eran, como él, cucharistas; los dejaba elogiar, si querían, á sus ídolos, pero en el momento en que vituperaban á *Cúchares* ponía punto á la conversación y claramente decía al que se *escurría* un poco: «para acriminar á quien yo quiero, no debía V. venir nunca á esta casa.» Tal era su intolerancia en este particular, que, para probarla, añadiré la relación de un hecho. Habíase conocido siempre en los carteles á *Cúchares* por Francisco Arjona Guillén, pero el Director propietario de *El Enano* averiguó que este último apellido no era el que aquél debía usar, sino el de Herrera: lo estampó así en su periódico, y por sólo esto una noche en el Circo de Price, donde se encontraron, estuvieron muy á punto de venir á las manos D. Antolín y aquel escritor, á quien no volvió á saludar nunca. Sobre los motivos de desavenencia que con *Cúchares* tuvo, hago indicación en mi Diccionario tauromáquico.

Otro de los más famosos cucharistas que en los buenos tiempos del toreo hacía gala de sus conocimientos taurinos fué D. Juan de Tró y Ortolano, distinguido abogado y apoderado de casas principales, que más tarde desempeñó admirablemente el cargo de Secretario de la Sociedad Económica Matritense. Aprovechaba en sus discusiones, y de ella hacía buen uso, la fina sátira para convencer á sus contrarios los chiclaneristas de que el conocimiento de las reses era para el torero más útil y necesario que el conocimiento de las suertes, y su formalidad y discreción llevaban á su lado muchos prosélitos.

Era del anterior, como suele decirse, el reverso de la medalla, el Sr. Paco Cañete (Francisco Alvarez), acomodado abastecedor de carnes que tuvo su acreditado Establecimiento en los portales de la Calle Mayor, número 65, y que á fuerza de trabajo hizo, desde licenciado de ejército, una regular fortuna. De tan escasa instrucción como demuestra el hecho de haber puesto en la muestra de su tienda, debajo del escudo de armas reales, el letrero de «Proveedor de carnes frescas de SS. MM.,» defendía á Curro *Cúchares*, si no con razones, con ademanes destemplados, y más de una vez le oímos decir, que después de Dios no había habido en el mundo mejor torero que *Cúchares*. En la plaza del Jardínillo desempeñó las funciones de puntillero.

También fueron distinguidos apasionados de Francisco Arjona Herrera, el médico D. Diego Plaza, amigo íntimo del Excmo. Sr. D. José de Ibarra, Intendente que fué de la Real Casa, asistente asiduo á la tertulia de La Iberia y antiguo abonado á la última barrera del tendido número 4, que á la edad de ochenta años se hacía llevar á la Plaza *por vicio*, según decía, porque ya ni veía, ni casi podía hablar; y el joven granadero del 7.º batallón de la M. N. Don José Sánchez Toscano, que veía y vé toros con inteligencia, y que de la Plaza vieja, para cambiar de estado, se llevó lo mejor que en ella había.

Sucede á los anteriores, en el orden de mis recuerdos, D. José de Satrustegui, pequeño de cuerpo, esmerado en el vestir, aunque algo anticuado, habitante y propietario de una casa en la plaza de Antón Martín. A este señor le llamó Blayé «el hombre de los bastones» porque hacía gala de estrenar uno cada día, llegando su manía á reunir más de trescientos de todas clases, pero todos buenos y algunos de precio. No era muy entendido en tauromaquia, fué cucharista porque sus relaciones le llevaron al lado de los que lo eran, y contribuyó, como el primero, á anticipar los gastos de creación de la plaza del Jardínillo, con una buena suma, siendo uno de los siete socios fundadores de la misma.

Furio se llamaba, y hecho una furia se ponía, por defender á *Cúchares*, el dueño de la horchatería de la calle de Felipe III, antes de Boteros, amigo de D. Jorge Galán, alquilador que fué de coches en la calle del Amor de Dios y no menos entusiasta que aquél por el torero madrileño. Era Furio de los que más revolvan el tendido número tres, colocándose siempre detrás del asiento de barrera de D. Antolín y muy inmediato á la puerta de caballos, desde cuyo sitio fué arrojado una tarde, al espada Lavi, un paquete en forma de cucurucho, con envuelta de elegante papel y preciosas cintas de raso, que el espada recogió agradecido, creyendo eran dulces, y cuando el público pronunció el consabido «que se vea,» se encontró con... judías y habas verdes.

Más inteligente que los anteriores fué D. Juan Antonio Torres—el *Pescadero*—que picó toros en la Plaza de Madrid, en tanda, algunos años antes que Curro matase en la Corte: que se retiró del toreo, y se dedicó al trato de compra y venta de pescados frescos en la plaza del Carmen, y que también fué uno de los fundadores del Jardínillo; pero más entusiasta por *Cúchares*, fué D. Francisco Zaldos, profesor de veterinaria en la calle de la Gorguera, abonado á meseta del toril, buen caballista, aunque no tanto como sus hijos D. Ventura, D. Angel y D. Pedro, de los cuales sólo vive el último—que por cierto fué picador en la plaza del Jardínillo.—D. Francisco Zaldos, de genio vehementemente, se apasionaba con facilidad, era inflexible en sus juicios, rara vez cedía á los argumentos contrarios, y como decía D. Pascual Villa, era buen pié para una *cuchipanda*. Una noche se cenaron las criadillas de toros, lidiados por la tarde, varios aficionados reunidos al efecto en un Colmado; sirviéronse, entre otras cosas, aceitunas, que Zaldos calificó de malas, exigiendo otras mejores, y como le contestasen que en Madrid no las había, replicó: «pues se vá por ellas á Sevilla, cuesten lo que cuesten.» Rieronse de esta contestación los presentes, y un tanto amostazado Zaldos, dijo: «mañana voy yo por ellas á Sevilla, y el Domingo se comerán aquí.» Palabra que cumplió puntualmente, presentando en la mesa tantas aceitunas como duros le había costado el viaje.

He citado el nombre de D. Pascual Villa, y debo decir que en la época á que me refiero, era ya muy viejo, en términos de que por respetos á su ancianidad se le hizo asiento especial en el Jardínillo. Su opinión valía mucho entre los cucharistas: yo nunca se la escuché sobre punto determinado.

Y de intento dejo para el último á D. Mariano Domingo de la Peña. Fué cucharista, porque en general los de Leoncillo antes, y los tatistas después, todos habían sido partidarios de Curro Arjona; de la misma manera que los inclinados á Montes, han sido chiclaneristas y cayetanistas sucesivamente, llegando á calificar á éstos como á toreros finos, y á los otros ejecutores del toreo basto. Yo no sé lo que hoy es, en partido torero, el Sr. Peña; pero le he visto y le veo muy inclinado al toreo-verdad, y si no en todo, en mucha parte poco afecto al ejercicio movido, de piés y no de manos, de lo que llaman no sé por qué escuela Sevillana. Pero no es esta ocasión de hablar de ello. Peña ha sido un buen aficionado teórico-práctico, picando toros en el Jardínillo y acosando reses en Madrid y en Sevilla, á estilo de Pepe Trigo, con quien está íntimamente emparentado: ha escrito, con mucha cordura é inteligencia, de asuntos taurinos, en varios periódicos, y su opinión es respetada hoy, más, mucho más que cuando era cucharista.

Y aquí cierro—sin querer citar más nombres de cucharistas, porque sólo me he ocupado y me ocuparé de los más renombrados—este primer artículo para que mis lectores puedan levantarse del asiento, ponerse en forma de X—bostezar y... resignarse á ver otro día, la continuación de una incompleta lista de aficionados madrileños, de mediados del presente siglo.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

REVISTA DE TOROS.

Corrida extraordinaria á beneficio del Hospital Provincial

8 DE JUNIO DE 1884.

El interés grandísimo que todos los años despierta en los aficionados la corrida llamada de *Beneficencia*, ha excedido este año los límites de lo racional y lo justo. A pesar de los exorbitantes precios que la Diputación ha señalado á todas las localidades (algunas de ellas recargadas con el ciento por ciento de su precio ordinario), ni una sola ha dejado de recogerse por su propietario. A pesar de los buenos deseos del Sr. Gobernador de la Provincia, de acuerdo con la Diputación, á las pocas horas de abiertos los despachos para la venta al público, se había ya fijado el consabido cartelillo de NO HAY BILLETES. Y á pesar del celo y vigilancia de las autoridades, la reventa ha hecho su agosto cobrando hasta *nueve y diez duros* por delanteras de grada, y más de *seis* por asientos de tendido de sombra sin numeración, sin duda para desquitarse en lo posible de la *persecución de la justicia*.

El interés de la corrida se comprende fácilmente: el cartel fijado desde las primeras horas del miércoles último; los incidentes á que ha dado margen en el seno de la Diputación la forma en que habían de expenderse al público las localidades sobrantes del abono; los rumores de competencias entre diestros madrileños y andaluces; los grandes deseos de que han dicho venían todos animados para complacer al público; las buenas cualidades que, al parecer, reunían los toros elegidos para la lidia, todas estas circunstancias eran suficientes para obtener, por cuantos medios estuvieran al alcance de un aficionado, una localidad, cualquiera que fuese, en el recinto de la Plaza: así es que aunque los doce mil y pico asientos de ésta, se hubieran cuadruplicado, todavía hubiese sido mucho mayor el número de descontentos por no haber podido asistir á la fiesta taurina de ayer.

En el apartado ya comenzaron á dibujarse las dos tendencias, que más tarde habían de descubrirse por completo. Los toros del Duque de Veragua, y de la Viuda de Muruve, llamaban la atención por lo bien criados y buena lámina, y hasta llegó á decirse que uno de los ganaderos (no queremos decir cuál de los dos), al enterarse que los toros preparados por su contrario, llamésmole así, eran de los *elegidos*, retiró los cuatro que primeramente había preparado cambiándoles por otros cuatro de los *superiores*, aunque éstos estaban señalados con un precio mucho más alto que la Diputación le pagaba. La concurrencia ha sido extraordinaria, y á causa de la excesiva aglomeración de las personas, muchas quedaron sin enterarse de las operaciones de enchiquerado, contentándose con oír los portazos, gritos de los mayores y el característico *¡cierrrááá!* de los carpinteros. En cambio se desquitaban contemplando á su sabor las seis moñas y las banderillas de lujo.

Hora y media antes de comenzar la corrida, empezó la animación y bullicio desde la calle de Alcalá hasta la entrada de la Plaza, revistiendo en esta ocasión caracteres extraordinarios, en consonancia con un espectáculo completamente excepcional y que sólo se verifica, como es sabido, una vez al año.

En todos los semblantes se retrataban la animación, el deseo y la alegría. Nadie se acordaba ya de las mil y una contrariedades que había sufrido para obtener un billete que diera derecho á presenciar tan insólita fiesta. Ya en la Plaza se enteraron los concurrentes de que ésta se hallaba *lujosamente* (1) engalanada, y cada cual se dirigió á su puesto.

Llegó por fin la hora por todos deseada; á las cuatro en punto, el Sr. Presidente hizo la consabida señal de despejo; y cuatro alguacillos, muy bien *decorados*, lucieron sus ropillas al rededor de la barrera.

Algunos momentos después aparecieron las cuadrillas, capitaneadas por *Lagartijo*, *Currito*, *Frasuelo* y el *Gallo*, siendo recibidas con aplauso general, prolongado y entusiasta. Y previos los preparativos de costumbre, colocáronse en sus puestos los picadores de tanda Cirilo y Manuel Calderón, y rompió plaza el primer toro de los encerrados, perteneciente á la ganadería del Duque de Veragua.

Estornino; cárdeno bragao, meano, grande, corniaca-pachao; hermoso animal. Empezó con bravura, pero sin poder; se aplomó mucho y acabó tarde al partir. Tomó cuatro varas de Manuel Calderón, á quien mató un caballo; dos de Cirilo, cayendo en una en las tablas, dejando envainada la vara en la segunda, y una del reserva José Calderón. Cirilo perdió un caballo.

Manene clavó un par muy pasado, por echarse fuera, cuarteando, y después uno á toro parado tras dos salidas falsas. El Torerito prendió el suyo á toro parado y en buen sitio. En este par y en el primero de Manene el toro estaba quedado, pero noble. En el último de Manene hociaba y tiraba á desarmar.

Rafael, yestido de plomo y oro, se encontró con el toro completamente aplomado, pero noble, y le dió dos pases naturales, ochó con la derecha, diez y nueve de telón, un pre-

parado y veintiseis medios pases, que precedieron á dos medias estocadas á volapie, que no fueron enteras por culpa del matador, y un descabello á la sexta vez. La faena pesada y deslucida; aplaudieron y silbaron al espada.

El segundo se llamaba *Coyando*, y perteneció á la vacada de la Viuda de Muruve, y era un toro estrecho, listón, bragao y meano, abierto de cuerna y bizco del derecho, voluntario y blando.

Tomó siete varas de Cirilo, matándole el caballo, y una de Manuel Calderón, sin novedad. Rafael y el Gallo se lucieron recortando al torete á la salida de las varas.

Hipólito prendió par y medio al cuarteo, y Curritche uno, todos ellos por lo regular. El toro se quedaba algo, pero acudía á los embroques.

Currito, ataviado de corinto y oro, brindó y se fué al de Muruve, que acudió noble y con codicia, y se dejó pasar al natural cuatro veces, una con la derecha, una por alto y otra con un preparado, para recibir en lo alto del morrillo una corta arrancando, y media estocada en la misma forma.

El matador se quedó en ambas en el centro de la suerte y sin coraje para rematarlas, terminando la faena con echarse el toro, después de dos naturales, uno de telón y dos medios pases. Silencio.

Colorao, ojinegro, bragao, de muchas libras, apretado y corto de cuerna fué el tercero de Veragua, llamado *Calcetero*, que se mostró en el primer tercio de la lidia bravo y de poder. Tomó once varas y mató tres caballos. Al recortarle el Gallo, á la salida de una caída de Cirilo, tomó viaje tras él y saltó por frente al 6, atropellando y cogiendo á Fernando, á quien causó una herida contusa en toda la región genital, que celebraremos no sea de cuidado.

Pablo clavó un par de banderillas cuarteando, y otro al sesgo, con mucho aplauso, y el Regaterín uno bueno de frente, estando el toro muy aplomado.

Salvador, de café y oro, se fué con la muleta recogida hasta la cara de la res, y empezó la faena con un cambio muy aplaudido, siguiéndole después con dos naturales, uno con la derecha, uno de telón y dos preparados, que precedieron á un pinchazo en hueso, recibiendo. Volvió á pasar dos veces con la derecha, dos de telón y uno preparado, y se arrancó, estando desigualado el toro, con una estocada ida y contraria, hasta la mano, que bastó para que se echara *Calcetero*. El diestro fué aplaudido.

Chinelo, negro, listón, bragao y girón, corto de cuerna, y caído del izquierdo, fué el cuarto de Muruve. Bravo y sin poder. Tomó doce varas, mató á Cirilo un caballo, y dejó de infantería á Manuel Calderón y á Trigo.

Entre el Morenito y Almendro clavaron tres pares cuarteando, bastante buenos, por lo que fueron aplaudidos.

Rafael se encargó de la muerte de este toro en sustitución del Gallo, y necesitó para la faena dos pinchazos en hueso, un mete y saca bajo, un pinchazo barrenando y una baja contraria, todo ello á volapie. Los pases fueron 34, de todas clases. El toro, guapo en los dos pinchazos, después de los cuales se quedó y se hizo incierto. Silba.

El quinto, también de Muruve, se llamaba *Castellejo*, y era negro listón, bragao y meano, corto, caído y apretado de cuerna y flaco de carnes; voluntario y sin poder. Tomó tres varas de Bartolesi y cinco de Canales, que reemplazaron á los anteriores de tanda. El Chuchi también mojó una vez con una vara muy buena, siendo aplaudido.

El Torerito y Manene clavaron dos pares cada uno, cuarteando, bastante buenos, y Rafael dió muerte á *Castellejo* con tres pases naturales, uno cambiado, otro redondo y dos preparados, dejándose caer con media estocada en su sitio, á volapie, que bastó para que el toro doblara las patas. Rafael fué aplaudido.

El sexto de los lidiados era *Navanjo*, de Veragua, berrendo en negro, de libras y cornicorto. Empezó bravo y de poder; se sintió y acabó tarde. Aguantó seis varas, dejó á pié á Bartolesi y mató un caballo á Canales.

Entre Curritche é Hipólito parearon con tres pares á la media vuelta á aquél apreciable buey, que se convirtió en tal, y se puso á mujir desesperadamente.

Currito, con mucha desconfianza, dió al buey seis naturales, siendo desarmado en dos, diez con la derecha, y dos de telón, y después dos pinchazos y una atravesada, echándose fuera, y una buena á volapie. Silencio general.

Durante esta deslucida faena del Currito, fueron agasajados Rafael y Salvador con cigarros y dos obsequios; una fosforera al primero y una petaca al segundo, de la que dió un cigarro de *muestra* á Rafael. La finura de ambos diestros, fué muy comentada; más vale así, y que dure mucho es lo que deseamos.

Salió el sétimo, *Escarabajo*, de Muruve, que era un bicho negro girón, bragao y meano, de buena lámina, y corto y gacho de defensas. Tomó con bravura nueve puyazos de los de tanda, despachando á cada uno un caballo; y á peti-

ción del público le banderillaron los espadas, clavando Currito un par desigual al cuarteo; Salvador, después de dejar uno en el suelo, clavó medio par cuarteando, previa una salida falsa; y Lagartijo dejó un buen par al cuarteo. El toro estaba muy incierto.

Salvador brindó la suerte á la Sra. Duquesa de la Torre, y mató á *Escarabajo* de media estocada baja y un volapie hasta la mano, en las tablas. Antes del volapie el toro se había echado ya. La Duquesa obsequió al diestro con una magnífica petaca.

Pimiento, fué el último de la tarde, de la ganadería de Veragua, jabenero, estrecho y cornidelantero. Tomó algunas varas con bravura, y demostró poder, pero se huyó en otras y fué incierto. Aguantó nueve varas, propinó cinco caídas á los de tanda y despenó tres potros, uno que quedó en la arena y dos que se fueron por su pié.

Entre Almendro y Morenito le engalanaron con dos pares y medio al cuarteo. El pueblo soberano pidió que matase Guerrita; y Rafael se dirigió con el Torerito á la Presidencia, siéndole negado el permiso.

Entonces Rafael dió al Veragua siete pases de todas clases, muy ceñido y muy confiado, tirándose á matar con una soberbia estocada á volapie, que fué la de la tarde. Muchos aplausos.

RESUMEN. La falta de espacio nos ahoga, imposibilitándonos para hacer un extenso resumen de la corrida.

Nada de lo que ha concurrido á dar á la fiesta tanta importancia, el ganado y los matadores escriturados por la Diputación provincial, ha respondido al interés y al entusiasmo de los aficionados.

Los toros de Veragua y los de Muruve, dieron algún juego, en general, pero ninguno sobresalió, ni hizo cosa de mención especial.

Lagartijo muy bien en el último toro, con el cual se ciñó, y confió, como se cifien y confían los matadores cuando se les presenta una babosa. La estocada soberbia. En su primero se escupió antes de tiempo, en las dos medias estocadas, sin haber razón para ello. El toro estaba aplomado y pedía el volapie. Rafael pudo haberlo consumado holgadamente, y le hubiera bastado la primera estocada para lucirse y ganarse una ovación. En lugar de eso, echó á perder la faena con el descabello á la sexta.

En el segundo toro (que mató en lugar del Gallo), estuvo tan incierto como el toro, y cogió hueso tres veces, hiriendo en lo bajo al tomar los blandos. El quinto de la corrida dejó bien á Rafael; la estocada fué corta pero de muerte.

En la brega trabajador y guapo. En el par de banderillas, superior. Hizo que el toro se sesgara algo en los tercios, porque comprendió que de frente desarmaba. Por eso resultó el par, el único bueno de los que pusieron los matadores.

Salvador fresco y valiente, como siempre, lo mismo pasando que hiriendo. Tuvo la desgracia de tomar huesos cuando recibió, y de que las estocadas no resultasen tan derechas y hondas como acostumbra. No tomamos en cuenta el volapie al sétimo toro, porque la res estaba dando las boqueadas. En las banderillas desgraciado; en la brega y quites muy comedido y dejando á los demás que se llevasen las palmas. Fué muy aplaudido.

Currito, por lo regular, en todo, con todo y por todo, menos en la brega, que estuvo hecho un peon de faena desconocido.

Los banderilleros... ya va dicho lo que hicieron. El par de Pablo, sesgando, de primera.

Los picadores y la dirección de la Plaza, menos mal que otras veces. Cirilo picó con voluntad. El Chuchi puso la mejor vara de la tarde.

Las moñas que ha paseado el Buñolero entre barreras, en la corrida, han sido regalos de las siguientes señoras:

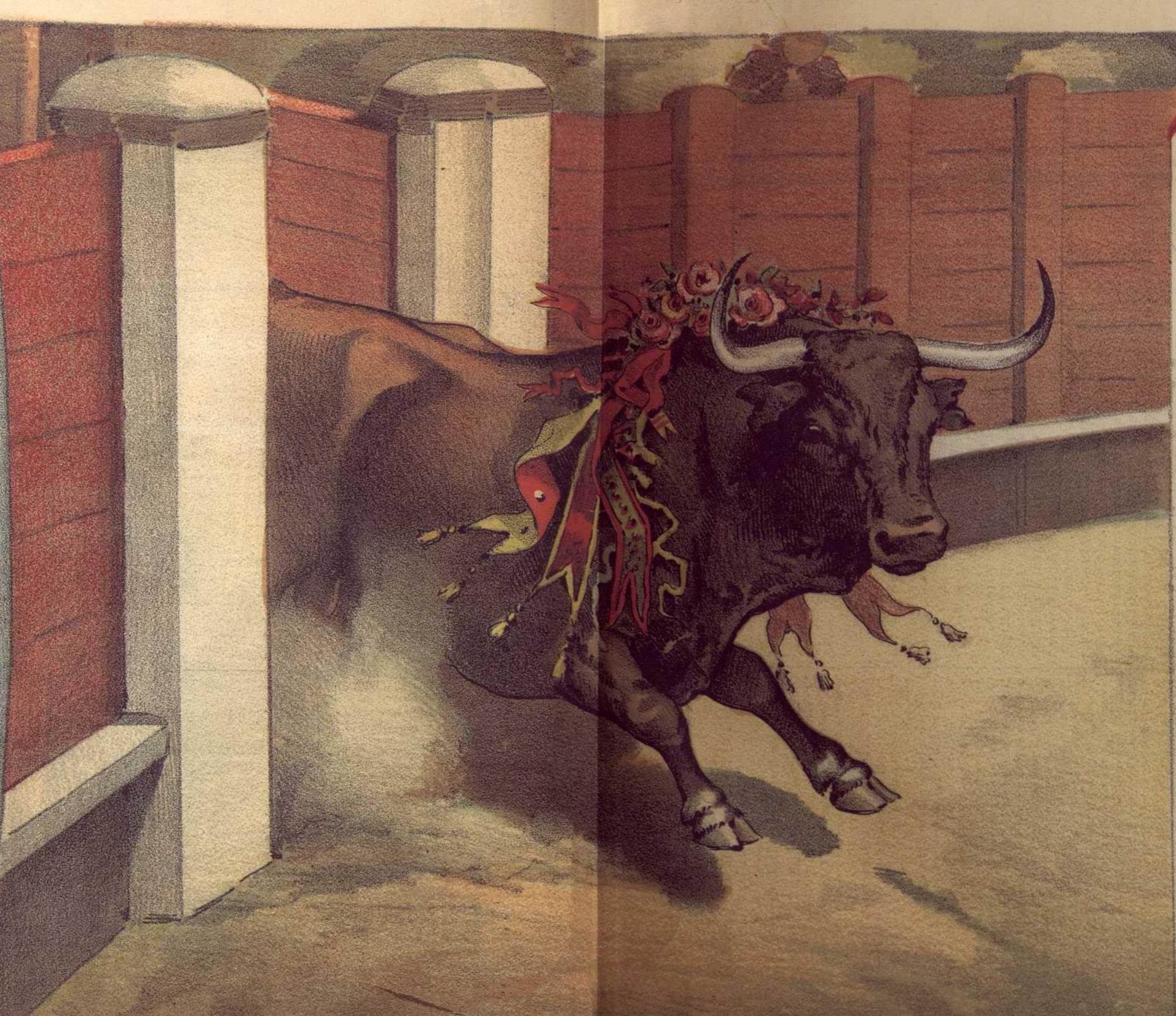
- 1.º toro. De S. M. la Reina.
- 2.º S. A. R. la Infanta D.ª Isabel
- 3.º Junta de Damas de Honor y Mérito.
- 4.º Excm. Sra. Duquesa de Fernan-Núñez.
- 5.º Excm. Sra. D.ª María Pereira de Bouchental.
- 6.º Excm. Sra. Duquesa de Osuna.
- 7.º Excm. Sra. Condesa de Villagonzalo.
- 8.º Sra. de Moreno Benítez.

La familia real ha asistido al espectáculo desde el principio.

DON JERÓNIMO.



LAS MOÑAS AYER.



LAS MOÑAS HOY.

